

LOS MUERTOS

(FRAGMENTO)

OSCAR MASOTTA

a David Viñas.

El ancho taco del borceguí se clava en la tierra, cava hoyos pequeños, invisibles en el pasto crecido. Los hombres tienen una muda comunicación con la tierra. Una especial tensión muscular separa las piernas del resto del cuerpo. La palma de la mano sujeta la culata, fresca, metálica, pero la sensación no va más allá de esa corta región de carne. El peso del fusil se siente en el antebrazo y en el codo. El hombro entumecido, quieto. La otra mano payasea un movimiento largo, desde el borde de la propia casaca hasta el cinturón del hombre que marcha adelante. "Hasta la altura del cinturón". Los ojos vigilan a la mano izquierda, pero la curiosidad, siempre la hay, la leve curiosidad atiende a la tierra que cede un poco a cada golpe del borceguí.

—Sin compás.

La compañía se ablanda, deja de golpear. El oído crece, atiende con solicitud al siseo que cuarenta pares de suelas arrancan al pasto.

El sargento mira hacia el centro de la compañía, después a sus propios pies. Grita, largando las palabras con prisa:

—Sin compás no quiere decir a destiempo, reclutones... ¡A cinco meses de milicia!

La compañía no puede contestar; es una masa corpulenta, gris, pesada, sumergida en ese paso blando y cómodo que las lleva hacia tres pequeños arbustos, "punto de referencia", que están indicando la cercanía del arroyo. Los hombres se sienten purificados: un truco injusto les obliga a cargar con esos rostros, a caminar de esa manera.

El sargento abandona la zaga y corre hacia el centro del pelotón.

—Usted... Cuándo va a dar pie con hola?

El hombre vuelve la cabeza hacia el sargento. Las piernas se esfuerzan, quieren alcanzar el ritmo.

—¡Ahh. Es Gómez el salteño, Gómez, Gómez!— Gómez sonríe.

—¡Redoblado!— ruge el sargento. Es una oportunidad para que Gómez retome el paso.

—¡Reclutón! ¿Cuándo vas aprender a caminar, a caminar, reclutón? — Gómez golpea el suelo exactamente dos veces por cada paso de los demás. El sargento se introduce en la escuadra. Las botas se golpean contra los borceguíes. Se desarticula la línea. Le hacen lugar. El sargento camina junto al hombre y picaea con los dedos el tórax flaco. Una gruesa, suplicante, vergonzosa gota de sudor resbala por el borde de la nariz. Las piernas fustigan el suelo sin resultado.

—¿Y? ¿Y?

Los dedos huesudos y cortos se hunden una y otra vez en las costillas.

—¿Y? ¿Y?

Los dedos cortos se introducen por la abertura de la chaqueta y la palma se cierra sobre el género. El sargento atrae al cuerpo hacia el suyo y con dos flexiones del brazo arrastra al hombre fuera del pelotón.

—¡Oíme! —dice el sargento gozando su propia voz, modulándola—. ¿Para cuándo Gómez? ¿Para cuando se vaya de baja, Gómez?

La compañía continúa sola, ajena, muda. Los tacos de los borceguíes golpean furiosamente la tierra. Los hombres imaginan los finos labios de Gómez que no atinan a acomodarse sobre los dientes: la sonrisa es una mueca molesta, indecente. El pelotón, compacto, una bestia cuadrada y acéfala, avanza en dirección al agua. Apuran. Cuarenta metros atrás, el sargento hunde los dedos en el tórax de Gómez. Si no da pronto el alto, la tierna y brusca terquedad del pelotón mojará la ropa provista en el arroyo. Los dedos del sargento se hunden en la carne de Gómez con redoblada fuerza; cuando lo suelta, la primera línea de los treinta y nueve cómplices está a dos pasos del agua. El sargento comprende. La voz mecánica y automática le llega a la garganta:

—¡Ultá!

Los dedos apretan la bandolera, la quijada baja hasta el pecho. Mirando hacia el suelo, el pasto escapando hacia atrás, el sargento camina hacia el pelotón. Gómez le sigue, callado, mientras se arregla la casaca. La voz raspa nuevamente la garganta, estentórea:

¡A retaguardia, carrera, marr...!

El pelotón se deshace, los cuerpos giran y las nubes se desvanecen en un cielo en media luna. Los hombres corren con la esperanza de que la contraorden llegue antes que el cansancio, mucho antes, poco antes que el cansancio que se avisa subiendo por las pantorrillas hasta los huesos de las caderas.

Los dedos hurguetean reflexivamente el bolsillo alto de la chaqueta. Demoran. Un rencor vacilante va de los hombres al

sargento y del sargento a los hombres. El sargento se lleva el silbato a la boca y el sonido es corto y metálico. El cielo se cierra. El pelotón sabe: corre hacia el sargento.

—¡Formen!

Los hombres buscan el contacto, tocarse, “codo con codo”, “el talón izquierdo dirigido hacia la punta del pie derecho”, “largo el descanso”, “codo con codo”, “y la mano sujetando la correa del fusil”, “apretando”, “duro el dedo”, “los cuatro dedos por delante, juntos”, “que no se vea el pulgar”. El pelotón queda compacto. Cuarenta rostros mirando hacia adelante, rígidos, unidos por un pequeño y secreto orgullo.

—¡Cuerpo a tierra! — grita, y un insulto se le queda atascado entre los dientes.

Treinta y nueve vientres golpean el suelo.

Molesta la hebilla del cinturón o tal vez un botón. El mal humor es una pasta ácida, un bicho volador que no encuentra lugar para posarse. El sol se siente en la nuca. Los hombres jadean. Con discreción Gómez se coloca delante del sargento.

—¿Y usted?

—Permiso, mi sargento.

Los dedos se clavan otra vez en las costillas, pero el sargento está en un momento intermedio, como preguntándose si vale la pena hacerse mala sangre en serio. Tal vez el temor; los hombres lo creen: el sargento es personal de tropa; tal vez la propia cara de Gómez con una nariz en gancho, una rara mezcla de pájaro e indio.

—Vaya, vaya.

Gómez corre y busca su lugar, se pega a la tierra, también jadea. El jadeo une a los cuarenta hombres en un cuerpo compacto, dócil al sargento, aunque nadie lo mire, aunque los ojos estén estúpidamente fijos en la tierra, los ojos a cinco centímetros de la tierra. Un verdadero rebaño de borregos, el vientre pegado al suelo.

El sargento se adelanta, se acerca al primer hombre de la izquierda y le apoya el pie sobre la espalda. Empuja hacia abajo con fuerza, una y otra vez.

—La pancita hay que pegarla a la tierra. ¿O tiene miedo de ensuciarse? El pie queda apoyado sobre la espalda del primer hombre de la izquierda, sobre toda la compañía: cuarenta hombres sumisos, quietos, unidos por el jadeo. El pie queda apoyado sobre un animal entontecido, de carne, grande y cuadrado.

* * *

Martín inclinó el jarro y el líquido se le escurrió entre los labios, bajó cosquilleante por la quijada y goteó sobre el pecho.

por dentro de la camisa. Esperó a que corriera: unas delgadas venas calientes en la superficie de la piel. Bajó el jarro y miró a Benasar; el otro bebía despacio, con pulcritud; Martín se alegró. En el fondo de su jarro se había decantado la yerba. Martín lo vertió contra la pared blanca, de un golpe y se lo colgó en la precilla del pantalón. La mano rozó la nalga: la carta dibujaba los bordes sobre el género, le ocupaba completamente el bolsillo. "Sentimos comunicarle que se encuentra separado del Partido por disposición...": el mundo lo rechazaba; un dedo gordo, tres meses atrás. Un dedo gordo que parecía hecho de la misma sustancia que la de aquel rostro, una carne opulenta e hinchada. La bola del mundo, el rostro, el dedo. La sustancia se parecía a la carne magra y traspirada de los predicadores. "Usted", le había gritado la sustancia. "¿qué es lo que quiere, qué?". Y él, Martín, había tenido un sobresalto. Aquella sustancia no era su prójimo, aunque creyera las mismas cosas que él, aunque usara las mismas palabras: *Burrués*, *Proletario*, *Pequeño burgués*. Verbalismo, oportunismo. "Y la cosa gira. Y si cuando se detiene uno tiene conciencia, es decir: uno *presiente* las palabras, les desconfía por demasiado repetidas, entonces uno puede dedicarse a otra cosa, sí, mejor. Pero ese no era su caso. Y sin embargo aquella cara cuadrada no era su prójimo, pero podría llegar a serlo: había que esforzarse, proponerse. Había que llegar a convertirse en esa sustancia surcada, trasvirada... Martín largó un resoplido y se topó con la sonrisa verde de Benasar:

—Lo tomo porque hoy no me trajeron comida, de otra manera tengo como norma no probar absolutamente nada —se interrumpió— absolutamente.

Benasar tenía los labios húmedos. Martín se secó los suvos contra la manga y sacó un atado de cigarrillos; lo extendió. Benasar le tomó la mano y la atrajo hacia sí: miró la marca: *Fontanares*. Martín sentía la presión de los dedos del otro, el roce de la piel, esperó.

—Déjalos —dijo Benasar con tono objetivo— mamá sabe lo que es la necesidad del tabaco.

"Estudiante universitario, acomodado". Martín se apoyó contra la pared. Benasar sacó una caja chata, de cartón blanco. La había envuelto en el pañuelo. Dos mundos: uno lo había rechazado, el mundo del dedo gordo e hinchado; por el otro se estremecía de asco. ¿Era para tanto? "La caja estaba sin comenzar, los cigarrillos eran objetos breves, discretos, blancos, ordenados. "Sí, era para tanto".

—Mamá... dijo Benasar, pero se interrumpió. Martín miraba hacia adelante. La pared del dormitorio estaba separada por cien metros de pasto de la verja. Una atmósfera estéril colgaba

sobre la Ruta a Rosario. Los rayos del sol se habían detenido entre las nubes. Filtraban una luz opaca, húmeda sobre el pasto. Mamá y no: mi mamá. Un recuerdo de la niñez, una vieja impresión. Martín tomó el cigarrillo y se lo pegó al labio inferior, lo dejó colgando, sin apretarlo. Algo con qué entretenerse cuando se habla con tipos como Benasar. Mamá y no: mi mamá. La diferencia estaba en el adjetivo. Cuando él nombraba a su madre decía mi mamá y cuando lo decía se le ocurría que se notaba la pobreza encubierta de su casa, su madre empecinada por la limpieza, los pisos encerados, hasta los de mosaicos, aquellos trapos de franela con los que se debía caminar. Los otros decían mamá: un engranaje limpio, acomodado, sin gritos. Y él, lo respetaba. Un recuerdo de la niñez. Le hubiera gustado ser como esos compañeros. Y estaban los otros, los que decían mi'amá. Mamá, mi mamá, mi'amá. A él le hubiera gustado ser como los que decían mamá y evitaba parecerse a los que decían mi'amá. Un sentimiento de clase media. "Clase media: un conglomerado de empleados y comerciantes históricamente atrasados que cree en el cooperativismo... y si se lo apura hasta en la limosna". Pero Martín pensaba hacia atrás, en los diez años, ya, una perfecta conciencia de clase. Un aparato receptor de lo cotidiano, su madre trataba de arreglar la casa con gusto... ¿y los detalles?: una radio vieja y descompuesta sobre el ropero del dormitorio. Martín se felicitó por la memoria: recordar el significado de aquel viejo detalle, lo que había sentido frente a la clase de combinación que hacían dos muebles. Fabuloso. Una radio descompuesta arriba de un ropero.

Benasar le acercó un fósforo. Una luz sin fuerza caía sobre el campo. Martín juntó los pies y extendió las piernas, dejando que el peso del cuerpo cayera sobre la espalda. Tiró el humo hacia abajo, hacia los borceguíes y dijo:

—¿Cuánto te falta para recibirte?

—Con suerte, digamos, dos años.

Benasar era lento para contestar, pesado.

—¿Y este año perdido? — preguntó Martín.

—Verdaderamente es un año perdido.

Benasar hizo una mueca como introducción a lo que iba a decir:

—Yo lo he perdido por propio gusto... Sí... antes que me sortearan me querían acomodar en algún ministerio o en Rosario mismo. En Rosario conozco personalmente a casi todos los oficiales —Benasar tomó un aire grave—, pero quise hacerla donde me correspondiera por estricto sorteo. Bueno, particularmente... — "Particularmente", pensó Martín. "Está en *universitario* y no leyó ni la mitad del papel impreso que me tragué yo".

—... particularmente creo que los argentinos, la juventud es

demasiado cómoda, despreocupada...

Martín miraba hacia el portón del destacamento. "Puerta uno". Era una vieja tranquera. El soldado de guardia la recorría de extremo a extremo. Las palabras de Benasar resbalaban sobre Martín.

—... aquí desconocemos lo que es el más mínimo sacrificio. Benasar se apretaba un codo con una mano, con la otra sostenía el cigarrillo cerca de la cara. Martín tiró el suyo y lo apagó haciendo girar la suela sobre la tierra.

—No tenemos sentido del heroísmo —continuó Benasar— no sabemos lo que es —caviló: —No estamos preparados.

—¡Menos Sófocles, Benasar, menos Sófocles!

Era un impacto.

—Pero, ¿no es cierto acaso? —replicó Benasar en un repentino acceso de acritud.

—Los argentinos, ¿no? —añadió Martín. Un palito de yerba se le había pegado en el borde interior de una muela. —¿Y los peruanos, y los brasileros, y los chilenos, y los uruguayos? —se metió un dedo en la boca—. ¿Y los bolivianos?

—¿Bolivia?

—Sí — dijo Martín.

—Hace poco... —Benasar buscaba el tono adecuado— un grupo de obreros bolivianos fué condenado a muerte... —Martín esperaba, la cara de Benasar tomó una repentina expresión *humana*, verdaderamente seria, una gravedad que interesaba— bueno... el pelotón está frente a los hombres que van a morir, una orden colérica del capitán. ¡Una invención! — dijo Benasar subiendo el tono de la voz. Internamente una parte suya se le separaba para observar el efecto de sus palabras en el otro. Benasar acariciaba el borde del bolsillo, el filo de la carta —...el capitán decide que se les fusile con cañones... bueno... de un lado una fila de hombres, del otro los cañones, cuatro cañones, ¿de dónde había sacado tanto odio ese capitán? —los labios de Benasar eran una canaleta horizontal a donde fluía toda la saliva— ...hay espectadores, pero nadie se ha interpuesto, nadie abrió la boca. El asesinato se va a llevar a cabo —sentenció Benasar y Martín se encontró frente a una palabra demasiado fuerte. "Asesinato". Sí, aunque se tratara de obreros. "Asesinato". "Verborragia". Martín acariciaba el borde la carta: el dedo gordo se había vuelto, pegado contra la palma de la mano y toda la sustancia traspirada había gritado: "Verborragia, joven, Verborragia". La misma palabra. Martín descubría a Benasar. lo veía, "Qué es lo que quiere". Otra vez las mismas palabras. El veía a Benasar y el que lo había expulsado lo había visto a él. Benasar coqueteaba. ¿Y él? Un frío húmedo le corrió

por la nuca. Habría querido ser el otro, aquel otro, no un semejante, sino el otro mismo, sentía algo parecido al temor. Y a la vergüenza—. . . bueno, y cuando el general va a dar la orden de fuego un grupo de mujeres se pone en el medio, entre los cañones y los hombres. . . —Ser aquella cara cuadrada de predicador, sí, de predicador y no de obrero.

—Sí — dijo Martín.

—Atiéndeme, —“¿Atiéndeme?” —. . . después le preguntaron a aquellas mujeres porqué lo hacían, porque todas no eran familiares de los condenados, aquellas mujeres bolivianas contestaron muy sencillamente: Van a matar a nuestros hombres y a nosotras no nos queda otra cosa que interponer nuestros cuerpos a los cañones. . .

Martín escuchó las últimas palabras. “Me sube la sangre a la cabeza”. El sentido y el sonido de las últimas palabras.

—Sí, aquello de la chatura argentina, Chato. Chato — largó Martín. Lo invadía una alegría formidable, colérica. Benasar chupaba la saliva que le había quedado por delante de los dientes. Benasar tenía que decir algo importante.

—Bolivia — dijo Benasar.

—¿Y Chile? ¿Qué es? ¿No es chato? Una guerra y hace tiempo. . . — Lo había leído en un folleto, recientemente, un folleto que deducía la situación económica chilena de la política salitrera. Nada que ver con lo que había dicho Benasar. Martín se dió cuenta y subió el tono de la voz. Los ojos de Benasar se habían recubierto de hilos minúsculos y rojos — . . . ganaron aquella famosa guerra y creyeron que podían vivir de la sal eternamente. . . — estaba explicando el folleto que tenía una tapa amarilla con una caricatura del Tío Sam arrastrando una bolsa de oro. Las letras eran rojas: *¿Por qué hay miseria en Chile?* Nada que ver. Martín subía la voz — . . . pero otros sabían que no podría hacerlo. . . — El hombre gordo de la caricatura. Martín se interrumpió, había recalcado la última frase. El otro lo miraba. Martín sacó la mano de arriba de la carta y la apoyó sobre la rodilla. Estaba inclinado. La luz caía sobre el dormitorio, y sobre todo el pasto que tenían a la vista. Era una luz real pero algo se detenía entre las nubes. No, no estaba en desacuerdo con todo lo que Benasar había dicho. . . pero conocía “Conozco”: las palabras de la verdad o de la semiverdad en cualquier boca pero sin uso posible, sin destino.

—Quería decir que en la Argentina hay algo quieto.

—¿Todos sienten así en Rosario? —La pregunta había salido en tono de ironía y Martín quería terminar. Aclaró la voz: —¿Digo, al menos la gente joven? —“Se interesa” pensó Benasar y tuvo un estertor de alegría. Pensó en lo que iba a decir, en algo

que no contestaba a la pregunta de Martín, lo pensó con una gravedad cosquillante, lo dijo:

—El argentino es el prototipo del hombre sin heroísmo.

Martín entrecerró los párpados. Entre dos líneas oscuras veía al soldado pasearse frente al portón. Tiró el cigarrillo contra la pared y se escuchó el golpe seco. Benasar miraba la piel apretada en arrugas alrededor de los ojos de Martín.

—Sí — dijo Martín y comenzó a fregarse el pañuelo contra los dientes, la tela se manchó de verde. Benasar miró hacia atrás, hacia donde miraba Martín. Un sentimiento edificante esperaba por Benasar, un deber íntimo: no se podía negar:

—Los argentinos disfrutamos de una libertad engañosa. La libertad suficiente para poder vivir. Estamos en el medio — “¿Quién está en el medio? ¿Qué está en el medio?” — Sí, no nos gustan los extremos — “¿Extremos?” — Nuestra libertad ni siquiera tiene el vigor y el desenfreno de la libertad norteamericana.

—Sí, sí —. Los rasgos de Martín se acomodaron, el rostro volvió a su expresión natural. Guardó el pañuelo en el bolsillo empujándolo contra la punta de los dedos. —Pero, ¿qué haces por todo eso que pensás?

—Espera —dijo Benasar.

“¿Espera? Ahora me trata de tú: Puf.”

Benasar vaciló: Martín se le escapaba. Pasó revista rápidamente a todo lo que había dicho. Le parecía que estaba enrojecido. “Hacer, hacer; es viejo, muy viejo”.

—Decía que ha sido una cosa de mi propia cuenta el hacer el servicio militar.

—¿De tu cuenta?

—Que me habría sido muy fácil haberme acomodado. Vos no conocés lo que es mi familia... —se quejó Benasar.

—Sí —dijo Martín y enderezó el cuerpo. Había que dejar que el tipo se despachara.

—... ya desde mucho tiempo atrás había decidido hacerlo como todos, como uno cualquiera. Creo que para la gente que lleva una vida como la mía le es saludable cambiar: Una época estricta, ajustada a una serie de obligaciones físicas. Mi familia tiene campos pero yo no sé qué es un caballo.

—Me parece que no se pueden arreglar las cosas conociendo qué es un caballo.

—Sí; vos sabés lo que quiero decir.

—Oíme —dijo Martín; no sabía qué hacer con las manos. Metió los dedos en el cinturón y los codos se le agitaron. “Estoy

reventado"— eso suena a jugador de tenis que hace régimen voluntario para mantener el estado.

Benasar estaba seguro de que había enrojecido.

—Sí, sí, es cierto. Pero habría que preguntarse cuántos lo hacen.

—¿Qué?

—Lo que yo hice.

—¿Qué hiciste?

Benasar vacilaba, no contestó: habría tartamudeado. El sol apareció de pronto y una sombra escaló la pared: un oficial. Benasar giró el cuerpo y saludó. Los dos se quedaron tiesos. El oficial hizo una seña con la mano.

—Estén cómodos —dijo y se alejó.

Benasar se volvió hacia Martín con una expresión ambigua.

—¿Qué dijo? —preguntó Martín.

—Que estemos cómodos —explicó Benasar con aire socarrón; quería estar en paz con Martín; agregó.

—La vieja palabra conocida de todos: provincianos, rosarinos y porteños. La palabrita: *cómodos*.

La tensión había desaparecido.

—Dame otro de esos cigarrillos —dijo Martín.

Benasar sacó la caja y se la extendió. Martín olió el tabaco.

—Son buenos —afirmó Martín.

—Buen tabaco —corrigió Benasar.

La ola de furor se había apagado. Martín retenía el humo en la boca antes de tragarlo y lo expulsaba con lentitud. El cielo se descubría y el campo cambiaba de aspecto.

—Esperá —dijo Benasar y hurgó en el bolsillo izquierdo del pantalón. Sacó una caja cuadrada de lata.

—¿Otros cigarrillos?

—No. Es chocolate holandés.

Benasar abrió la caja haciendo fuerza contra el pecho. Martín miraba en silencio.

—Todavía no la empecé.

Martín entornó los ojos: en el portón estaba cambiando la guardia. Un soldado se desprendió del grupo y comenzó a cruzar el trecho de campo pleno de sol. Por la manera de caminar, con las piernas abiertas, parecía Gómez. Benasar ofreció la caja a Martín. Los chocolates estaban cortados en pequeños cuadraditos envueltos en papel plateado. Martín quiso tomar uno pero los dedos le resbalaban. Había que volcar la caja hacia abajo.

—No quiero —dijo Martín.

—Esperá.

Benasar se sentó y echó los chocolates sobre la tierra. Martín miraba acercarse al soldado.

—Sentáte.

Martín se sentó. “Obsecuencia...” Pero quedaba poco tiempo de descanso y después había que volver a limpiar durante dos o tres horas los caballos más limpios del mundo. Martín tomó un chocolate y lo peló ayudándose con las uñas y los dientes. La sombra del soldado se recortaba oscura contra el sol: no podía verle la cara.

—¿Qué hora es? —preguntó Martín.

—Serán las doce.

—Sí, por el cambio de guardia.

El pasto brillaba bajo el sol. En el aire había un reflejo que tenía tres meses de antigüedad. Tendría cuatro, después cinco, hasta cumplir catorce. Quince a lo máximo. Y después uno lo olvidaría para siempre.

—Hola, Gómez.

Gómez no contestó. Se quedó de pie, la vista fija en Martín. Dió una ojeada rápida a la caja pero no adivinó de qué se trataba.

—¿Hiciste guardia?

Martín le ofreció pero el salteño permanecía hermético, tieso mirando los cuadraditos.

—Tomá, es chocolate.

Gómez se sentó y pegó el hombro contra el brazo de Martín, notó que Benasar buscaba algo en el bolsillo posterior del pantalón.

—Tres días seguidos de guardia —exclamó Gómez con tono provinciano, espirado.

Benasar extendió a Martín una billetera abierta con una fotografía bajo un sujetador de celuloide.

—¿Y ésto?

—Mi hermano, corroboró Benasar con tono pastoso.

Un hombre joven vestido con un saco claro en medio de un puente de cruce de ferrocarriles. Un puente demasiado grande. Gómez se inclinaba para ver.

—También era comunista, —agregó Benasar.

“Era”.

—¿Y ahora?

—Ahora está en Norte América. Juega al basquet. Ese puente que se ve allí es el puente de Broocklin.

Martín se sintió apresado. Benasar se apretaba contra él, y del otro lado estaba Gómez. Tenía simpatía por la sencillez y la tosquedad de Gómez pero ahora no era más que un cuerpo que se apretaba contra él. Martín estaba en el *medio*.

—¿Qué es? —preguntó Gómez.

—Hay una ironía —explicó Benasar—. ¿No te das cuenta?— tenía el aire de quien va a decir una cosa ingeniosa.

—No, no me doy cuenta— Martín estaba a la espera.

—Está tocando el puente con un dedo.

Era cierto: el tipo del saco claro tenía un brazo extendido hacia una viga.

—Tocar con un dedo el puente de Broocklin —repitió Benasar.

—¿Qué es? —preguntó Gómez; estaba interesado. Martín le extendió la fotografía.

—El hermano de Benasar que está tocando el puente de Broocklin con un dedo.

Martín pensaba que tenía la boca empastada de chocolate. Que se le pegaba al paladar y que la lengua le chasqueaba. “Me enroño” pensaba Martín. “Me enroño”.